



RENE MAGRITTE: "El falso espejo".

EL ARTE Y LOS SUEÑOS

Por JOSÉ M. MORENO GALVAN

DESDE sus más remotos orígenes, el arte ha tenido muchas veces que ver con los sueños de los hombres. ¿Es que no hay ya, de alguna manera, una especie de parentesco entre los sueños y el arte? Ahora sabemos, gracias a Freud y a sus discípulos, que los sueños son manifestaciones crípticas y laberínticas de una serie de realidades que residen en lo más hondo de nuestro ser. El arte es, asimismo, una manifestación, un testimonio de la realidad del hombre. Los diferencian —al arte y al sueño— muchas cosas: la voluntariedad con que el primero se concreta, frente al estado involuntario con que se manifiesta el segundo; la referencia a una realidad **vigilante** que hace al arte, frente a la fabulación de realidades alucinadas que aparecen en los sueños..., pero ambas concreciones de la **realidad** son auténticas, por más que la de los sueños necesite de una interpretación.

Por supuesto, el arte ha tenido siempre una extraña complicidad con los sueños. No hablemos del formulismo mágico de la Prehistoria y de todas las manifestaciones más o menos artísticas de los hombres primitivos de nuestros días —los prehistóricos del mundo contemporáneo— para quienes el arte tiene un sentido de ensoñación mágica. En la antigüedad griega, entre los sueños y el arte había un elemento mediatizador y concretizador: el mito. El mito no es otra cosa que la realidad iluminada por la narrativa: Cuando, por ejemplo, Anteo —aquel gigante creado por la imaginación mitificadora— necesitaba luchar con los hombres y caer a tierra para recuperar su fuerza colosal, ello no es más que la interpretación, bajo especie mítica, de la realidad, según la cual la verdadera fuerza nos la dará siempre el contacto terrenal, eso que se llama «tener los pies clavados en la tierra».

A lo largo de toda la historia del arte, los sueños aparecen siempre más o menos velados. Es clásico referirse siempre al mundo del Bosco, o a las fantasías de Fussli, pero ellos son demasiado evidentes. Jung buscará —y encontrará— realidades más profundas, incluso en figuraciones tan serenas como las de Leonardo. Entendámonos: no quiero decir que lo que Leonardo, o el mito de Anteo, nos transmiten de manera cabalística sean **sueños**, sino realidades que igualmente hubieran encontrado su manifestación por el vehículo del sueño.

Pero los sueños no toman cuerpo de naturaleza en el arte de manera consciente, decidida y sistemática sino hasta el **surrealismo**. El surrealismo, ese voto de confianza a una realidad supe-

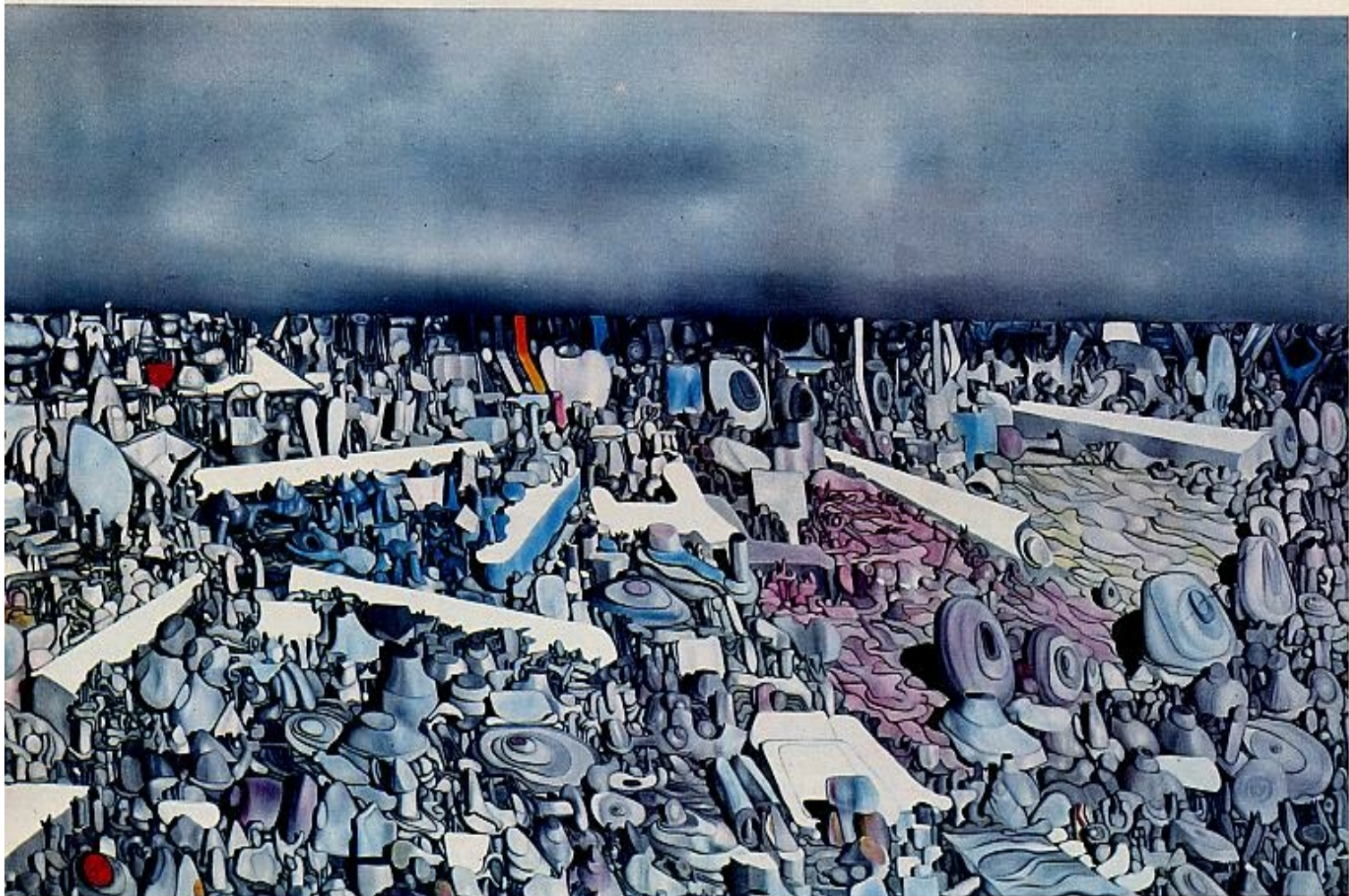
rior, como su propio nombre indica, está íntimamente relacionado con la pretensión reveladora de los sueños. Paradójicamente, el surrealismo es el movimiento según el cual el arte toma conciencia de la realidad del inconsciente. No es extraño que nazca cuando nació. De 1924 es su primer manifiesto, elaborado, como se sabe, por André Breton, pero ya antes existían «los surrealistas», rama desgajada y herética del «dadaísmo», movimiento también de la anarquía subconsciente, al cual trataba de sistematizar y de poner en orden. No es extraño, digo, su nacimiento en esa fecha, porque las realidades universales tienen su época, anidan en el seno de la historia, pasan por el aire del tiempo y se manifiesta de manera diversa a la diversidad de los hombres. Esas oscuras realidades constituyen el núcleo de la doctrina de Freud. Pero para que esa sistematización problemática del inconsciente haya sido posible, fue necesario un clima de cultivo al que no es extraño ni la búsqueda intuicionista e irracional de Bergson, ni el teatro «de ideas» de Ibsen y aun el de Strindberg, ni la introspección de Proust. El surrealismo, insisto, es la sistematización de todo ello en los dominios del arte: de la poesía y de la pintura, principalmente, con incursiones significativas a otros mundos, como el del cine, la novela, la escultura, etcétera.

«El sueño de la razón produce monstruos», había dejado escrito don Francisco de Goya en uno de sus más célebres grabados. El surrealismo parece como si hubiera tomado al pie de la letra esa consigna y decidió abandonar a la razón, pero no al sueño. Eligió el sueño de la sinrazón, o de la irracionalidad, el cual también produce monstruos, pero se dirían monstruos más naturales, puesto que proceden del estado del sueño. El surrealismo se propuso, como muy explícitamente llegaron a decir, «la exploración de nuevas regiones de la realidad: el subconsciente, la locura, lo maravilloso, el sueño, los estados de alucinación...». Más que un reverso de la concepción lógica de las cosas pretendían la conciliación de la lógica con la ilógica...

Por supuesto, la aparición, en aquellos años, de las obras de Freud fue una ayuda ideológica inestimable para aquellos monstruos que entonces eran todos jóvenes. A nivel poético, la creación en estado inconsciente llegó al estado de frenesí. El automatismo creacional, que ya había empezado con «Dadá», se continúa entonces de una manera mucho más sistemática, pues André Breton, especialmente, conocía bien la doctrina de Freud: «... Habi-

(Pasa a la página 36.)

**El arte ha tenido
siempre una extraña complicidad con los sueños,
pero éstos no tomaron
cuerpo de naturaleza en el arte
de manera consciente, decidida y sistemática hasta el surrealismo.**



YVES TANGUY: "La multiplicación de los arcos".



JOAN MIRO:
"Persona tirando
piedras a un pájaro".

YVES TANGUY:
"La rapidez del sueño"



**El surrealismo
parece como si
hubiera tomado
al pie de
la letra la consigna
de Goya:
«El sueño de la razón
produce monstruos».**

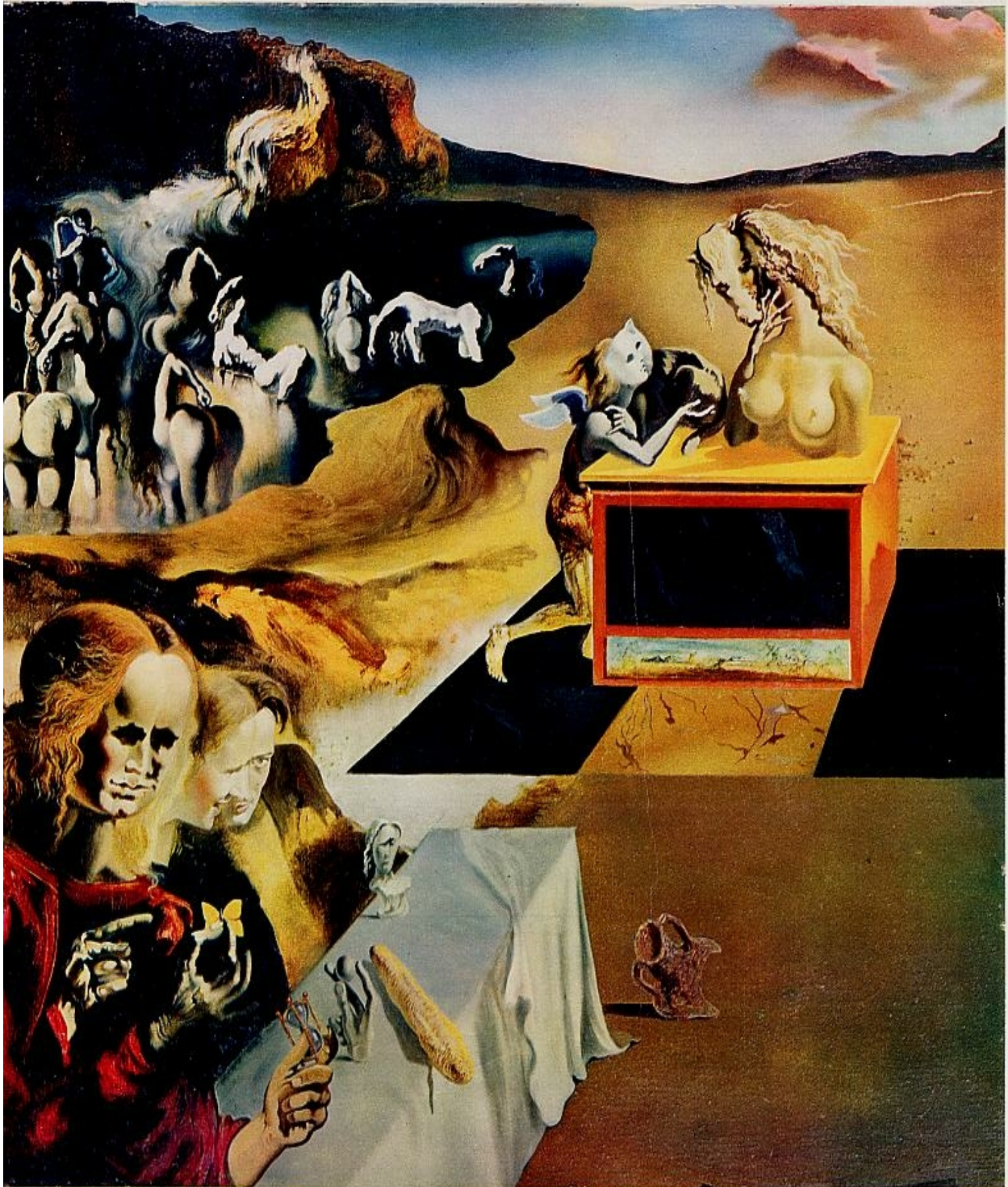


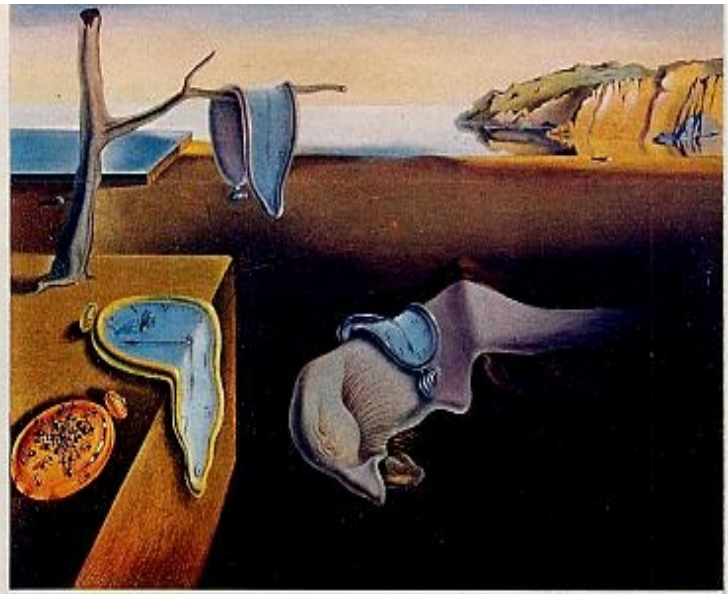
MAX ERNST:
"Mujer, viejo y flor".

weib, greis u. Blume



**El surrealismo
se propuso «la exploración de nuevas regiones de
la realidad... el subconsciente, la locura,
lo maravilloso, el sueño,
los estados de alucinación».**

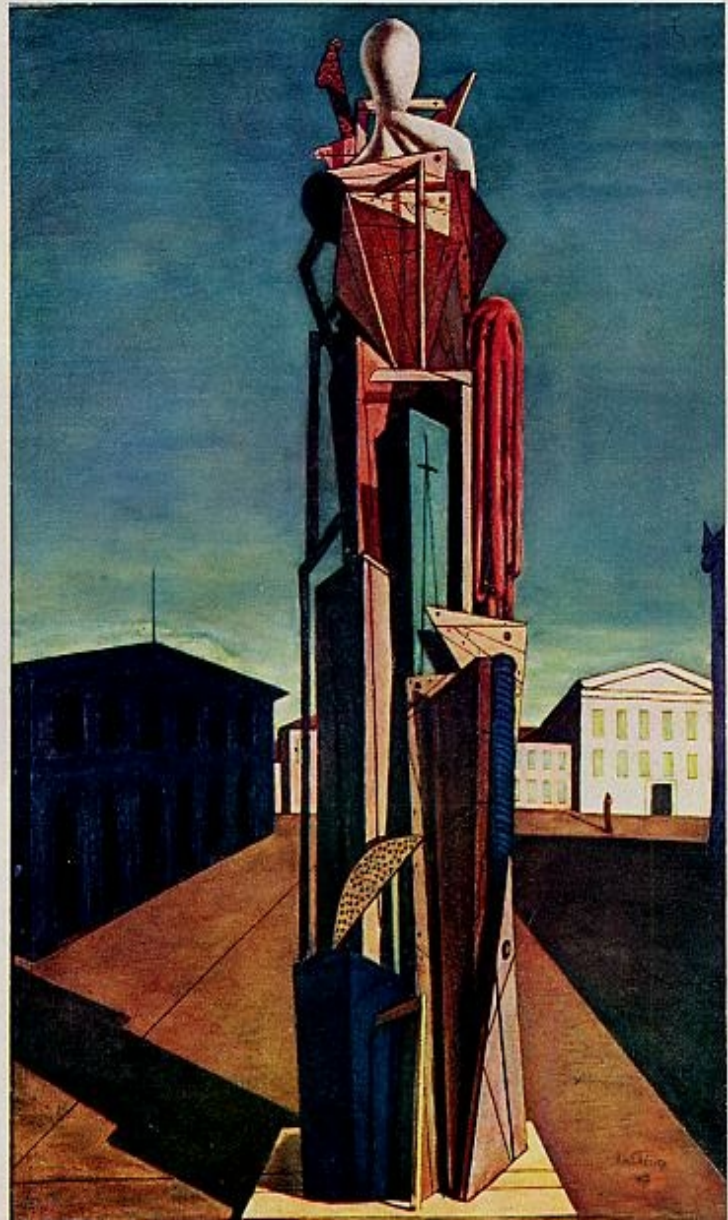




SALVADOR DALÍ: "Persistencia de la memoria".

SALVADOR DALÍ: "Inventos de los monstruos".

GIORGIO DE CHIRICO: "El gran metafísico".



**Nunca
como en la época del surrealismo
la poesía y la pintura
marcharon tan unidas...**



VICTOR BRAUNER: "Progresión pentacular"

ROBERTO MATTA: "El vértigo de Eros"



tuado como estaba a Freud todavía en esa época, y familiarizado con sus métodos de examen, que había tenido algunas oportunidades de practicar en enfermos durante la guerra, resolví obtener en mí lo que traté de obtener de ellos, mediante un monólogo dicho con la mayor rapidez posible para que el espíritu crítico del sujeto no pudiera interponer su juicio, obstaculizándolo todo con una reticencia, y dar así todo lo más exactamente posible el pensamiento hablado. Me parecía entonces y aun ahora... que la velocidad del pensamiento no es superior a la de la palabra...». Gracias a René Crevell llegaron luego a la conclusión de que el sueño hipnótico era susceptible de revelar en toda su pureza el inmenso mundo entrevisto. Parece que el más dotado para hablar en ese estado fue Robert Desnos, el cual, según Louis Aragon, «en el café, en medio del ruido, a plena luz, recibiendo empujones, Robert Desnos no tiene más que cerrar los ojos y hablar y, entre los "boks" y los platillos, todo un océano cae con sus estruendos proféticos y sus vapores ornados con largas oriflamas. En cuanto interrogan a este estupefacto durmiente, apenas lo incitan, ya surge la predicción, el tono de magia, de revelación, de revolución, el tono del fanático y del apóstol. Por poco que Desnos hubiese explotado este delirio, se pudo convertir en jefe de una religión, en fundador de una ciudad, en tribuno de un pueblo rebelado».

Pero todo eso entraba dentro de los dominios de la literatura. ¿Qué pasaba en el arte propiamente dicho? Por supuesto, los pintores no pintaban en estado de hipnosis, ni mucho menos en los dominios de un sueño regular. Pero pintaban sueños... o pintaban estados de la realidad que hubieran podido manifestarse por el vehículo del sueño. Como he dicho en otra ocasión, nunca, como en la época del surrealismo, la poesía y la pintura marcharon tan unidas. No se puede decir, en realidad, que toda la pintura surrealista sea la interpretación de «sueños». Pero es la revelación de realidades que igualmente hubieran podido manifestarse a la manera de sueños. Realidades contradictorias, delirantes, fantasmales...

Y como la actitud surrealista no es la primera ni la única en la busca de esos mundos subterráneos (aun cuando sí la última y definitiva), hay actitudes previas y paralelas que el surrealismo, luego, hereda y capitaliza. Por ejemplo: la pintura de Giorgio de Chirico, que procede, como se sabe, del movimiento «Metafísico» italiano, aun cuando objetivamente persiga los mismos objetivos; o la de Duchamp y la de Picabia, procedentes de «Dadá». Procedente de «Dadá» es también la de Max Ernst, si bien luego él y su pintura se sintieron profundamente inmersos en el universo surrealista.

Surrealistas propiamente dichos fueron René Magritte e Ives Tanguy. El primero con una figuración cuyo argumento fundamental era lo contradictorio, pero con un aderezo que también es profundamente surrealista: el humor. Tanguy es el creador de un mundo de desolación poblado por la extraña osamenta de un universo desconocido...

El más original de los surrealistas de primera hora es, sin duda, Joan Miró. Miró no sigue a la figuración tradicional: recrea una figuración más bien ideográfica y simbólica como si estuviese viviendo las primeras edades del hombre sobre la tierra. En cuanto a Picasso, que también tuvo su edad surrealista, es el creador de un mundo de seres fantasmales, extrañamente serenos, con una leve reminiscencia clásica, que perturba igualmente por lo que tienen de contradictorios.

El comienzo de la segunda edad del surrealismo está vinculado a un nombre: el de Salvador Dalí. Dalí aportó al surrealismo su prodigiosa inventiva pictórica de esa época, más vinculada que la de ningún otro a la vida de los sueños; aportó su capacidad teórica, fundamentalmente con su método «Paranoico-crítico» que tanta repercusión tuvo en aquellos momentos; aportó... su humor y la colaboración con Luis Buñuel, el genial cineasta de Calanda, en dos películas decisivas: «El perro andaluz» y «La edad de oro». Luego de Dalí, la vida del surrealismo se concreta en pintores más jóvenes, como Roberto Matta, el chileno, y Wilfredo Lam, el cubano.

Todos ellos, de una manera o de otra, han dado vida pictórica a los sueños. No han ilustrado sueños: han pintado realidades cuyos factores integrantes se han aglutinado mediante el mismo mecanismo asociativo que integra a los diversos factores que constituyen un sueño. ■ J. M. M. G. Fotografías cedidas por Editorial CODEX.